

Cada uno cogiera una hoja de papel

¿Quiénes somos?

La respuesta a esta eterna pregunta que los humanos nos venimos haciendo desde que fuimos esquilados del paraiso terrenal no parece, en un principio, que pueda resultar problemática puesto que, y todo el mundo lo sabe, no tiene uno, o una, o un trabajo — o una actividad por aquello de no ningunarse a guiso alguno de especímenes a que tal y tan lamentable expresión dio lugar — más que llegar y decir *para yo o nosotros o nosotros somos Fulante de Tal, o Perengante de Cual, o sujeta o loque o cosa o loque de más allá e abajo, talón y con una/o, de nuestro/s respectivo/s padres/madres...*

Que quien más quien menos lo habrá dicho, escrito, escuchado o leído en infinidad de ocasiones a lo largo de uno mismo en que vivimos y al que, por alguna enigmática razón, llamamos vida.

¿Habríamos de seguir por ese camino?

¿Deberíamos repetir, siempre, invariablemente, lo mismo?

Pero...

¿Qué otras posibilidades tenemos?

¿Qué más sabemos de nosotros mismos?

Porque de los otros, sí; de cualquiera que no sea nosotros sino otro cualquiera sabemos muchísimo.

De cualquiera que sus otros sabemos todo lo que otros han dicho, escrito, escuchado de boca de algún otro, leído de letra de algún otro del que, a su vez, otros han dicho, o escrito, o escuchado de boca de algún otro o leído de letra de algún otro que, a su vez...

Pero, de nosotros, ¿quién dirá, o escribirá, algo que, si lo escucháramos o leyéramos, fuese un algo en lo que pudiéramos reconocernos como ese alguien que, aunque sí lo dijese ni escribiese nunca, podría decir sí, me soy yo?

Una vez cerrada la última interrogación, cuando, habiendo marcado con su perfecta dicción y correcta entonación las palabras correspondientes a los signos de puntuación y el dibujo necesario para que se apreciase la diferencia entre el trazo escrito en letra normal y el escrito en negro, llevos toda apenas una página — conguasta, que las conté, por dieciséis setenta y dos palabras, mil dieciséis ochenta y seis caracteres (sin espacios), mil quinientos cincuenta y nueve (con espacios), diez párrafos y veintiocho líneas — la señorita Licinia

y dibujase a color, mientras ella corregía, el distintivo con el que le gustaría ser identificado y, colocándose de nuevo las gafas contemplando no poco disgustada los trabajos, tan irregulares, con letras tan

desiguales que... y el director se lo dijo varias veces, “Licinia, dese cuenta”; y, sí, se la daba, pero siempre se había resistido a los cuadernos de caligrafía entendiéndolo que era beneficioso, para ellos, los chicos, el mantener cada cual su trazo, sus rasgos que, entendía ella aunque la psicología no era lo suyo sino de don Aurelio y, como es natural, “yo no debo interferir”, que irían definiendo, dibujando, sus personalidades en un tiempo que, a la vista de tantas faltas de ortografía como le vinieron a los ojos bote pronto o, que para qué (pensó) tanto latinismo culto

Cada uno cogiera una hoja de papel

“si no te está escuchando nadie” a un primer golpe de vista que, para poderlo hacer con calma y que no se le escapase ningún punto, tan pequeño pero tan importante a la hora de evitar equívocos de esos que tantos disgustos dan a veces, lo mejor iba a ser (les dijo, rectificando ya antes incluso de empezar a corregir) que, una vez dibujados, los bordasen a punto de cruz — por ejemplo —, aunque se dio cuenta en seguida, hipocondríaca, de que debía de ser que padecía un algo de deformación profesional porque, por qué, si no, no había dicho “nido de abeja”, o “flor de jazmín”, o **nudo** o sencillamente **palestrina**, así, sin cursiva ni comillas ni negrita porque, Licinia, por favor, el director, que es para hoy... Pero, no, había dicho de cruz y lo dicho dicho estaba y así estaban las cosas y no era cuestión de andarse desdiciendo a cada paso ni de...

Cada uno cogiera una hoja de papel

Y que, para no andarse perdiendo en digresiones superfluas — agarrando con resolución el bolígrafo rojo rezongando para sí esta *French Script MT* que apenas se distingue la normal de la cursiva no me gusta nada —, poniéndose, acto seguido, a lo suyo y decidida a, desde mañana mismo, acostumbrarlos a la **Times New Roman** o a la **Verdana** entendiendo, además y que saltaba a la vista, que al ser mucho más grandes podría prescindir de las gafas, bordados, sobre tela, con el nombre a festón o como supiera hacerlo cada madre, que, luego, *nos colocaremos* en la manga izquierda, *igual que sus brazaletes los futbolistas.*

Y que si había quedado claro.